

lo unas de otras por su mayor ó menor inconsecuencia, y que hallan en la práctica, dificultades enormes; que al cabo, están ya desacreditadas llevando consigo la arbitrariedad y la fuerza, puesto que la *Ley* del Pueblo alcanzada en el sufragio, es necesariamente una ley del azar, y que el *Poder* del Pueblo fundado sobre el número, es necesariamente un poder que ha creado la fuerza.

No es posible detenernos en esta veloz pendiente, es necesario que lleguemos á la hipótesis extrema, ó á aquella en que el Pueblo entra en masa en el Gobierno desempeñando los poderes, deliberando, votando, ejecutando como en un motin, careciendo de Presidente, de representantes, de legalidad, de mayorías, y no siendo, en una palabra, en su colectividad, mas que un legislador y un funcionario.

Mas si el Pueblo se convierte en Gobierno, qué es lo que tendrá *encima* de él y qué es lo que tendrá *debajo*? O en otros términos: dónde existirá el correlativo del Gobierno? Dónde los labradores, los industriales, los comerciantes, los soldados? Dónde los obreros y los ciudadanos?

Se dirá que el pueblo lo es todo á un mismo tiempo que á la vez produce y legisla, y que el trabajo y el Gobierno son en él inseparables. No es posible: teniendo por una parte el Gobierno su razon de ser en la divergencia de intereses y no pudiendo admitir, por otra, ninguna solucion de autoridad ó de mayoría; siendo el Pueblo, en su unanimidad, el que debe redactar las leyes y emprender las discusiones; aumentando los negocios de estado en relacion á la multitud de hombres que se ocupan de los mismos, no habrá forma para que los ciudadanos se ocupen de sus asuntos industriales; las veinte y cuatro horas del día no serán bastante á que desempeñen los públicos negocios. Así, pues, no existe un justo medio: ó trabajar ó reinar; es la ley del Pueblo y la del príncipe, y sino preguntádselo á Rousseau.

En Atenas, por espacio de muchos siglos, escepto en algunos intervalos en que la tiranía reinaba, el Pueblo se reunia en la plaza pública y en ella discutia desde la mañana hasta la noche. Pero los veinte mil ciudadanos de Atenas, que formaban el Pueblo soberano, tenían cuatrocientos mil esclavos que trabajaban por ellos, mientras que el pueblo francés no tiene á nadie que le sirva, y si en cambio, muchas mas ocupaciones que aquellos ciudadanos. Insisto en mi pregunta: Cuándo el Pueblo se haya convertido en legislador y en príncipe, qué leyes promulgará? Qué intereses tendrá en cuenta?Cuál será su objeto? Y en tanto que gobierne, quién le procurará su alimento? *Sublatá causà tollitur effectus*, dice la Escuela. Si el Pueblo en masa pasa al Estado, el Estado

no tendrá razon de existir, puesto que ya no habrá pueblo. Así, pues, la ecuacion del Gobierno dá por resultado *cero*.

Esto demuestra que el principio de autoridad, llevado desde la familia á la nacion, tiende invenciblemente por las varias concesiones que se vé obligado á hacer, en contra de sí mismo—concesion de leyes positivas, concesion de constituciones, concesion de sufragio universal, concesion de legislacion directa, etc., etc.—tiende, repito, á suprimir el Gobierno y el Pueblo á un mismo tiempo. Y como esta supresion—al menos en lo que se refiere á este último—es imposible, el movimiento, luego de un corto período, se interrumpe constantemente por un conflicto. Esta es la marcha que ha seguido la Francia desde 1789 y que duraria eternamente si la razon del Pueblo no llegase á comprender que oscila en una falsa hipótesis. Los publicistas que encomian la tradicion del 93, no pueden ignorarlo: el Gobierno directo, no fué para nuestros padres mas que el escabel de la dictadura, y este se convirtió, muy luego, en vestibulo del despotismo.

Cuando la Convencion, de piadosa memoria, redactó en 24 de junio de 1793 la famosa acta por la que el Pueblo fué llamado á gobernarse por sí mismo, y por el sistema directo, los Jacobinos y la Montaña, que se hallaban en auge por la caída de los girondinos, comprendieron perfectamente lo que la utopia de Heraut-Sechelles valia; entonces hicieron que la Convencion, su muy humilde servidora, decretara que el Gobierno directo se aplazaria hasta la paz y ya se sabe que la paz llevaba consigo un plazo de veinte y cinco años. Los organizadores del Gobierno directo, comprendieron sabiamente que el Pueblo legislador, trabajador y soldado, no podia egercer sus nobles funciones; comprendió que no podia labrar con una mano y guerrear con la otra. Luego de salvada la patria el Pueblo entraria en el egercicio de su soberanía.

Hé ahí la razon que se le dió, al aplazar la constitucion del 93.

Discurrieron tres meses, seis meses y hasta un año, sin que la Montaña ni los demás partidos reclamasen contra aquella interinidad inconstitucional que atacaba la soberanía del Pueblo. El *Comité de Salud pública*, se adaptaba muy bien con el Gobierno Revolucionario y en lo que toca al Pueblo casi no pensaba en el Gobierno directo.

Danton, que fué el primero en protestar contra la dictadura de los Comités, fué enviado al tribunal revolucionario acusado de moderantismo y enviado al cadalso. Este desgraciado hombre público, fué, tal vez, el único que, con Desmoullins, Heraut-Sechelles, Lacroix, dió importancia á la Constitucion del 93 ó que á lo menos trató de ponerla en práctica. El Gobierno directo, á los ojos de los mas hábiles, era una simple enga-

ñifa y Robespierre se guardaba muy bien de permitir que se ejerciese. Discípulo de Rousseau, se habia hecho, como Luis Blanc, enérgico partidario del Gobierno indirecto, que no es otro, que el de 1814 y 1830 ó sea el Gobierno representativo.

»*No soy republicano*, decia Robespierre en 1791 y en vista de la »traicion de Warenes; pero tampoco soy realista.» Lo cual queria decir no estoy ni por el Gobierno *directo* ni menos por el absoluto: solo admito un justo medio. Es muy dudoso que, escepto algunos girondinos sacrificados en virtud del 31 de mayo y de algunos montañeses de buena fé que la Convencion inmoló á consecuencia de las jornadas del prairial, es muy dudoso que en aquella asamblea hubiera un solo republicano. La mayor parte de los convencionales profesaban las teorías de Robespierre, que eran las mismas del 91, y sirvieron para la constitucion del Directorio. Esto lo probó el nueve termidor.

Nadie, que yo sepa, ha dado una explicacion satisfactoria de lo que sucedió en este dia que convirtió en mártir de la Revolucion á un apóstata de la democrácia. Y sin embargo, la explicacion no puede ser mas sencilla.

Viendo Robespierre que la guillotina le habia desembarazado de las facciones *anárquicas*, tales como los *rabiosas*, los *hebertistas*, los *dantonistas* y cuantos, en fin, tomaban por lo sério la constitucion del 93, creyó que habia llegado el momento de dar el postrer golpe y restablecer, en normales bases, el Gobierno indirecto. Estas miras de restauracion gubernamental, condenadas hoy por la esperiencia, dieron á Robespierre cierta consideracion ante las potencias aliadas. Lo que, pues, en nueve termidor, pedia á la Convencion, luego de depurar los Comités de salud pública y de seguridad general, con el auxilio de la guillotina, lo que pedia Robespierre, era *una concentracion mayor de poderes*, una direccion mas UNITARIA del Gobierno, algo, en fin, semejante á la presidencia de Luis Bonaparte. Esto, se ha deducido por sus mismos discursos; lo han reconocido sus mismos encomiadores, principalmente MM. Buzé y Lebas, y, fuera de esto, lo ha probado ya la historia.

Robespierre habia comprendido que en esto su obra no hacia mas que corresponder á los secretos votos de la Convencion, ó, cuando menós, de su mayoría. Sabia que estaba de acuerdo con sus principios, y no ignoraba que la diplomácia estrangera, comenzaba á ver en él, un hombre de estado, con el cual no seria difícil entenderse. No le cabia duda que la *gente honrada* de la Convencion, á la cual siempre habia guiado, deseaba volver al constitucionalismo, objeto de sus deseos, y verse, á un mismo tiempo, librada de ciertos demócratas, cuya sangrienta ener-

gia, asustaba su conservador espíritu. El plan se hallaba muy bien trazado y la ocasion no podia ser mas favorable. Los procesos incoados á los revolucionarios, la constitucion del año V., la política del Directorio y el Brumario, no fueron mas que las ideas de Robespierre aplicadas. El lugar de este hombre se encontraba al lado de Sieyes, de Cambaceres y de otros que, sabiendo perfectamente lo que era el Gobierno directo, querian volver lo mas pronto posible al indirecto, por mas que la reaccion que contra la democrácia empezaban, les llevase hasta el imperio.

Desgraciadamente Robespierre no tenia en la Convencion muchos amigos; su proyecto no era muy claro; á los que le conocian de cerca, no les inspiraba confianza, y, á mas de esto, corria el peligro de que la mayoría constitucional de la Convencion, á la cual se dirigia y que hacia dueña de la situacion, no recogiera su idea y no la volviera en contra de su autor y sus rivales.

Hé ahí lo que sucedió precisamente.

Los gefes de la mayoría, acariciados por Robespierre, vieron que no podian realizar su doble golpe. Les sucedió lo que en 1858 sucedió á la mayoría moderada la cual tuvo que guiar, uno despues de otro, el partido *Nacional* y el partido de la *Reforma*. En el instante supremo abandonaron al dictador que fué la primera víctima de su propia reaccion. Robespierre hizo guillotinar á Danton y queria matar á Cambon, Billaut-Warenes y á otros; pero los moderados de la Convencion en los que habia contado, le enviaron tambien al patíbulo. El Gobierno indirecto, librado de Danton, su mas ardiente adversario, y de Robespierre, su competidor mas astuto, pudo resucitar libremente.

Unos dicen que Robespierre aspiraba á la dictadura, y otros á la restauracion de la monarquía. Estas acusaciones se rechazan mutuamente. Robespierre no abandonando sus convicciones ni renunciando al aura popular, queria ser gefe del poder ejecutivo en un Gobierno constitucional. Hubiese aceptado un puesto en el Directorio ó en el Consulado; en 1830 se hubiese afiliado en la oposicion dinástica; luego de febrero hubiese dado su apoyo al Gobierno provisional y su odio á los ateos, su instintivo amor á los curas, le hubiese hecho votar la expedicion de Roma.

Los que con mas buena fé que prudencia, siguiendo las huellas de Danton, quieren el Gobierno directo; los que, como Danton, recuerdan al pueblo sus imprescriptibles derechos y le gritan: *Abajo los Dictadores! Abajo los Doctrinarios!* no olviden una cosa: La dictadura se encuentra al fin de su teoría y esta *Doctrina* que tanto les asusta, es la del mismo que en termidor fué castigado. El Gobierno directo no es mas que una tran-

sicion desde mucho tiempo conocida, por la que el Pueblo, fatigado por los manejos políticos, vá á descansar en el Gobierno absoluto, donde los reaccionarios y los ambiciosos le aguardan. Acaso en el mismo instante en que escribo estas líneas la idea de una dictadura no se ha lanzado ya entre el pueblo y no ha sido acogida por los impacientes y los tímidos? Acaso los hombres que combatimos—ya invocando el nombre de Robespierre, ya en ódio á este mismo nombre, al Gobierno directo y á la anarquía—no son los mismos, que, luego de febrero, detuvieron la explosion de nuestras libertades, cambiaron las aspiraciones del Pueblo, votaron el llamamiento de los pretendientes, y pagaron, en frases y en calumnias, lo que les exigia el Pueblo en actos y en ideas?

Cuento con mas de un amigo entre los hombres que siguen ó, mejor dicho, que creen seguir la tradicion jacobina. Para ellos escribo estas líneas. Que la semejanza de los tiempos les descubra lo que hasta hoy estuvo oculto: quizá comprendan la significacion del nuevo termidor y la idea de Robespierre.

Así como en 1793 los que se adornaban con el título de ardientes revolucionarios, no querian que se tratasen las cuestiones de propiedad y economía social enviando al cadalso á los *anarquistas* que reclamaban por el pueblo garantías de subsistencia y trabajo; de igual manera hoy dia, en plena Revolucion, los partidarios francos ó desenmascarados del jacobinismo antiguo, se lanzan á las cuestiones políticas y evitan el hablar de reformas económicas las cuales, si tratan, es únicamente para consignar algunos sencillos y fraternales principios que sacan del catecismo. Estos negociantes de la popularidad, estos saltimbanquis de la Revolucion, toman á Robespierre por oráculo, á este denunciador sempiterno, á este hombre de cerebro vacío, de viperina lengua, que obligado á formular sus planes, á indicar los medios con que debian realizarse, no sabia hacer mas que batirse en retirada ante las dificultades que encontraba, llamando exigentes á los que le demandaban soluciones. Este pusilámne retórico que, en 1790, temiendo que la córte no le dispensaría sus favores, negaba una ocurrencia mas ó menos chistosa que se habia escapado á sus labios y que habia sido delatada por Desmoullis; que, en 1791, se oponia á la declaracion de caducidad de Luis XVI, y censuraba la peticion del Campo de Marte; que en 1792 se oponia á la declaracion de guerra porque daba consideracion á los Girondinos; que en 1793 combatia los alistamientos para el ejército; que en 1794 recomendaba al pueblo que no se mezclara en la cosa pública; que contrarrestaba, sin entenderlos los planes de Cambon, de Carnot y de todos los que llamaba con desden *hombres de accion*; este calumniador infatigable

de aquellos cuyas prendas ó talentos envidiaba; debia servir, cincuenta años mas tarde, de modelo á todos los revolucionarios que sirven su causa como esos caballos cojos que se atan detrás de un carro. Cómo entendéis la Revolucion discipulos de Robespierre? Dónde están vuestros *finés* y vuestros *medios*?...

La traicion halla siempre su origen en los mismos partidarios de una causa. En 1748 y 1793 la Revolucion fué anulada por los mismos que la defendian. Nuestro republicanismo, es, como el viejo jacobinismo, hijo de la clase media, sin principio y sin plan, que quiere y no quiere; que siempre murmura y desconfia sin que por esto dejen de engañarle; que fuera de sus paniaguados no vé mas que facciosos y anárquicos; que registrando los archivos de la política no sabe descubrir mas que las debilidades verdaderas ó supuestas de los patriotas; que prohíbe el culto de Chatel y manda celebrar misas al arzobispo de París; que en todas las cuestiones evita la franqueza á fin de no comprometerse; que guarda la reserva y nunca se decide por nada y que, en fin, no es amigo de la claridad en las cuestiones ni de las situaciones verdaderamente francas y enérgicas. El nos trae á la memoria á Robespierre, á ese charlatan sin iniciativa, que hallaba demasiada virilidad en Danton, que censuraba sus generosos arrebatos, porque no se veia capaz de sentirlos; que se abstuvo de mezclarse en los sucesos del 10 de agosto; que no aprobó ni reprobó las matanzas de setiembre; que votó la constitucion del 93 y su aplazamiento hasta la paz; que abolió la fiesta de la *Razon* y abolió la del *Sér Supremo*; que persiguió á Carrier y apoyó á Fouquier Tinville; que por la mañana dió el besó de paz á Camilo Desmolins y por la noche le envió á la cárcel; que propuso la abolicion de la última pena y redactó la ley de Prairial; que aduló uno despues de otro á Sieyes, Mirabeau, Barnabe, Petion, Danton, Marat y Hebert, para, enseguida, mandar guillotinar y proscribir á Hebert, Danton, Petion y Barnabe; al primero como anárquico, al segundo como indulgente, al tercero como federalista, al cuarto porque era constitucional; que no protegió mas que la clase media y al clero; que desacreditó la Revolucion ya á propósito del juramento de éste, ya en ocasion de los asignados; que no perdonó mas que aquellos cuyo silencio ó suicidio les proporcionaba un refugio y que sucumbió por fin, el dia en que, luego de quedar solo con los partidarios del justo medio, trató de encadenar la Revolucion á su provecho. Yo conozco demasiado este réptil y he sentido ya muchas veces el roce de su cola para que no vea en él este secreto vicio de las democracias, este veneno corruptor de todas las Repúblicas: la Envidia. Robespierre en 1794, abriendo la puerta á los que se llamaron luego termidorianos, perdió la Revo-

lucion, gracias al ejemplo y autoridad de Robespierre en 1797 y 1848 se proscribió el socialismo y hoy dia, este mismo Robespierre, nos conduciria á un brumario si su hipócrita y detestable influencia no se hallára en fin desterrada.

Una Revolucion se encuentra siempre minada por sus mismos partidos y fracciones que intentan desnaturalizarla, mientras que, por otra parte, sus naturales adversarios la combaten. El cristianismo tuvo, desde un principio, sus herejes y mas tarde sus grandes cismáticos; la Reforma sus confesiones y sus sectas; la Revolucion francesa sus constitucionales, sus jacobinos y sus girondinos.

La Revolucion en el siglo diez y nueve, tiene, igualmente sus escuelas, sus utopías, sus partidos, que, imágenes de la reaccion, son mas ó menos retrógados. En ellos, como en las filas de esta última, se encuentran los *amigos del orden* que, cuando la democracia se encontraba perseguida y tranquila, se dirigian contra ella bajo el pretexto de combatir la anarquía; en ellos se encuentran los *salvadores de la sociedad* para quienes la sociedad consiste en lo que la Revolucion no admite; los partidarios del *justo medio* cuya política es siempre indecisa; los *radicales* en quienes la gerga revolucionaria sustituye las ideas; los terroristas, que, no pudiendo ser ni Mirabeaus, los Dantons, aceptarían la gloria de los Carrier y los Jourdan Cortacabezas. A unos les sirve de guia la constitucion de 1848, á otros el Gobierno directo, estos quieren la Dictadura y aquellos el Tribunal revolucionario ó el Consejo de guerra; pero todos convienen en que la idea de Gobierno es necesaria. Ven que el poder se abisma y, sin embargo, se aferran en él como en su única idea. Este rasgo nos hace preveer su suerte y nos les ofrece como los precursores y víctimas del último esterminador Robespierre. En 10 de agosto de 1792, la Monarquía se hundia bajo los tiros del pueblo, mientras que Robespierre y sus jacobinos eran aun partidarios de la constitucion de 1791, bañada en la sangre de los soldados de Nancy, y de los patriotas del Campo de Marte. Disparaban desde lo alto de su ciudadela parlamentaria mirando con prevencion á los que hacian saltar la constitucion y el trono. Nunca perdonaron á los revolucionarios ardientes que, como Danton, les arrastraron al ojeo de la monarquía constitucional de que esperaban ser sus reguladores y dueños. La *constitucion*, decia Robespierre, basta á la *Revolucion*.

El odio de este partido que ha bebido la sangre de los ciudadanos mas ilustres, nos está aun persiguiendo. Yo me reconciliaré con los hombres porque, cual ellos, estoy sujeto á debilidades y errores; pero con los partidos nunca. Que estos continúen su senda: la Revolucion no se librá

de ellos fácilmente. Nosotros sacrificaremos nuestra iniciativa á los mas avanzados con tal de que conduzcan la Revolucion á buen término. Entonces diremos á Robespierre lo que Temistocles dijo á Eurybiedes: *Pega, satélite del Gobierno; Pega, sicofanta de la Revolucion; Pega, bastardo de Loyóla, tartufo del Sér Supremo; Pega, pero escucha!*